

Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina el tuerto, Juan de Villa, Antonio de la Cerda y un Tobarda; este Tobarda fué el mas bullicioso de todos los del real de Garay; y sobre todos ellos quedó por capitán un hijo del Garay, que quería casar Cortés con su hija, y no le acataban ni hacían cuenta dél todos los que le nombrado ni ninguno de los de su capitania; antes se juntaban de quince en quince y de veinte en veinte, y se andaban robando los pueblos y tomando las mujeres por fuerza, y mantas y gallinas, como si estuvieran en tierra de moros, robando lo que hallaban. Y como aquello vieron los indios de aquella provincia, se concertaron todos á una de los matar, y en pocos dias sacrificaron y comieron mas de quinientos españoles, y todos eran de los de Garay, y en pueblos hubo que sacrificaron mas de cien españoles juntos; y por todos los demás pueblos no hacían sino, á los que andaban desmandados, matallos y comer y sacrificar; y como no había resistencia, ni obedecían á los vecinos de la villa de Santi-Estéban, que dejó Cortés poblada, é ya que salían á les dar guerra, era tanta la multitud que salía de guerreros, que no se podían valer con ellos; y á tanto vino la cosa y atrevimiento que tuvieron, que fueron muchos indios sobre la villa, y la combatieron de noche y de dia de arte, que estuvo en gran riesgo de se perder; y si no fuera por siete ó ocho conquistadores viejos de los de Cortés, y por el capitán Vallejo, que ponían velas y andaban rondando y esforzando á los demás, ciertamente les entrarán en su villa; y aquellos conquistadores dijeron á los demás soldados de Garay que siempre procurasen de estar juntamente con ellos, y que allí en el campo estaban muy mejor, y que allí los hallasen los contrarios, y que no se volviesen á la villa; y así se hizo, y pelearon con ellos tres veces, y puesto que mataron al capitán Vallejo é hirieron otros muchos, todavía los desbarataron y mataron muchos indios dellos; y estaban tan furiosos todos los indios naturales de aquella provincia, que quemaron y abrasaron una noche cuarenta españoles, y mataron quince caballos, y muchos de los que mataron eran de los de Cortés, en un pueblo, y todos los demás fueron de los de Garay; y como Cortés alcanzó á saber estos destrozos que hicieron en esta provincia, tomó tanto enojo, que quiso volver en persona contra ellos, y como estaba muy malo de un brazo que se le había quebrado, no pudo venir; y de presto mandó á Gonzalo de Sandoval que viniese con cien soldados y cincuenta de á caballo y dos tiros y quince arcabuceros y ballesteros, y le dió ocho mil tascaltecas y mejicanos, y le mandó que no viniese sin que le dejase muy bien castigados, de manera que no se tornasen á alzar. Pues como el Sandoval era muy ardidoso, y cuando le mandaban cosa de importancia no dormía de noche, no se tardó mucho en el camino, que con gran concierto da orden cómo habían de entrar y salir los de á caballo en los contrarios, porque tuvo aviso que le estaban esperando en dos malos pasos todas las capitanías de los guerreros de aquellas provincias; y acordó enviar la mitad de todo su ejército al un mal paso, y él se estuvo con la otra mitad de su compañía á la otra parte; y mandó á los escopeteros y ballesteros no hiciesen sino armar unos y soltar otros, y

dar en ellos y hasta ver si los podría hacer poner en huida; y los contrarios tiraban mucha vara y flecha y piedra, é hirieron á muchos soldados y de nuestros amigos. Viendo Sandoval que no les podía entrar, estuvieron en aquel mal paso hasta la noche, y envió á mandar á los demás que estaban en aquel otro mal paso que hiciesen lo mismo, y los contrarios nunca desmampararon sus puestos; é otro dia por la mañana, viendo Sandoval que no aprovechaba cosa estarse allí como había dicho, mandó enviar á llamar á las demás capitanías que había enviado al otro mal paso, é hizo que levantaba su real, y que se volvía camino de Méjico como amedrentado; y como los naturales de aquellas provincias que estaban juntos les pareció que de miedo se iban retrayendo, salen al camino, é iban siguiéndole dándole grita y diciéndole vituperios; y todavía el Sandoval, aunque mas indios salían tras él, no volvía sobre ellos, y esto fué por descuidallos, para, como habían ya estado aguardando tres dias, volver aquella noche y pasar de presto con todo su ejército los malos pasos; é así lo hizo, que á media noche volvió y tomóles algo descuidados, y pasó con los de á caballo; y no fué tan sin grande peligro, que le mataron tres caballos é hirieron muchos soldados; y cuando se vió en buena tierra y fuera del mal paso con sus ejércitos, él por una parte y los demás de su capitania por otra, dan en grandes escuadrones que aquella misma noche se habían juntado, desde supieron que volvió; y eran tantos, que el Sandoval tuvo recelo no le rompiesen y desbaratasen, y mandó á sus soldados que se tornasen á juntar con él para que peleasen juntos, porque vió y entendió de aquellos contrarios que como tigres rabiosos se venían á meter por las puntas de las espadas, y habían tomado seis lanzas á los de á caballo, como no eran hombres acostumbrados á la guerra; de lo cual Sandoval estaba tan enojado, que decía que valiera mas que trajera pocos soldados de los que él conocía, y no los que trujo; y allí les mandó á los de á caballo de la manera que habían de pelear, que eran nuevamente venidos; y es, que las lanzas algo terciadas, y no se parasen á dar lanzadas, sino por los rostros y pasar adelante hasta que les hayan puesto en huida; y les dijo que vista cosa es que si se parasen á alancear, que la primera cosa que el indio hace desde está herido es echar mano de la lanza, y como les vean volver las espaldas, que entonces á media rienda les han de seguir, y las lanzas todavía terciadas, y si les echen mano de las lanzas, porque aun con todo esto no dejan de asir dellas, que para se las sacar de presto de sus manos, poner piernas al caballo, y la lanza bien apretada con la mano asida y debajo del brazo para mejor se ayudar y sacarla del poder del contrario, y si no la quisiere soltar, traerle arrastrando con la fuerza del caballo. Pues ya que les estuvo dando orden cómo habían de batallar, y vió á todos sus soldados y de á caballo juntos, se fué á dormir aquella noche á orilla de un río, y allí puso buenas velas y escuchas y corredores del campo, y mandó que toda la noche tuviesen los caballos ensillados, y asimismo ballesteros y escopeteros y soldados muy apercebidos; mandó á los amigos tascaltecas y mejicanos que estuviesen sus capitanías algo apartadas de

los nuestros, porque ya tenía experiencia de lo de Méjico; porque si de noche viniesen los contrarios á dar en los reales, que no hubiese estorbo ninguno en los amigos; y esto fué porque el Sandoval temió que vendrían, porque vió muchas capitanías de contrarios que se juntaban muy cerca de sus reales, y tuvo por cierto que aquella noche les habían de venir á combatir, é oía muchos gritos y cornetas é tambores muy cerca de allí; é segun entendían, habíanle dicho nuestros amigos á Sandoval que decían los contrarios que para aquel dia cuando amaneciese habían de matar á Sandoval y á toda su compañía; y los corredores del campo vinieron dos veces á dar aviso que sentían que se apellidaban de muchas partes y se juntaban; y cuando fué dia claro Sandoval mandó salir á todas sus compañías con gran ordenanza, á los de á caballo les tornó á traer á la memoria como otras veces les había dicho: fbanse por el camino adelante por unas caserías, adonde oían los atambores y cornetas; y no hubo bien andado medio cuarto de legua, cuando le salen al encuentro tres escuadrones de guerreros y le comenzaron á cercar; y como aquello vió, manda arremeter la mitad de los de á caballo por una parte y la otra mitad por la otra, y puesto que le mataron dos soldados de los nuevamente venidos de Castilla, y tres caballos, todavía les rompió de tal manera, que fué desde allí adelante matando é hiriendo en ellos, que no se juntasen como de antes. Pues nuestros amigos los mejicanos y tascaltecas hacían mucho daño en todos aquellos pueblos, y prendieron mucha gente, y abrasaron todos los pueblos que por delante hallaban, hasta que el Sandoval tuvo lugar de llegar á la villa de Santi-Estéban del Puerto, y halló los vecinos tales y tan debilitados, unos muy heridos y otros muy dolientes, y lo peor, que no tenían maíz que comer ellos y veinte y ocho caballos; y esto á causa que de noche y de dia les daban guerra, y no tenían lugar de traer maíz ni otra cosa ninguna, é hasta aquel mismo dia que llegó Sandoval no habían dejado de los combatir, porque entonces se apartaron del combate; y después de haber ido todos los vecinos de aquella villa á ver y hablar al capitán Sandoval, y darle gracias y loores por los haber venido en tal tiempo á socorrer, le contaron los de Garay que si no fuera por siete ó ocho conquistadores viejos de los de Cortés, que les ayudaron mucho, que corrían mucho riesgo sus vidas, porque aquellos ocho salían cada dia al campo y hacían salir los demás soldados, é resistían que los contrarios no los entrasen en la villa; y tambien porque, como lo capitaneaban é por su acuerdo se hacía todo, é habían mandado que los dolientes y heridos se estuviesen dentro en la villa, y que todos los demás aguardasen en el campo, y que de aquella manera se sostenían con los contrarios; y Sandoval los abrazó á todos, y mandó á los mismos conquistadores, que bien los conocía, y aun eran sus amigos, en especial Fulano Navarrete y Carrascosa, y un Fulano de Alamilla y otros cinco, que todos eran de los de Cortés, que repartiesen entre ellos de los de á caballo y ballesteros y escopeteros que el Sandoval traía, é que por dos partes fuesen é enviasen maíz é bastimento, é hiciesen guerra é prendiesen todas las mas gentes que pudiesen, en especial caciques; y esto

mandó el Sandoval porque él no podía ir, que estaba mal herido en un muslo, y en la cara tenía una pedrada, y asimismo entre los de su compañía traía otros muchos soldados heridos, y porque se curasen estuvo en la villa tres dias que no salió á dar guerra; porque, como había enviado los capitanes ya nombrados, y conoció dellos que lo harían bien, y vió que de presto enviaron maíz y bastimento, con esto estuvo los tres dias; y tambien le enviaron muchas indias y gente menuda que habían preso, y cinco principales de los que habían sido capitanes en las guerras; y Sandoval les mandó soltar á todas las gentes menudas, excepto á los principales, y les envió á decir que desde allí adelante que no prendiesen si no fuesen á los que fueron en la muerte de los españoles, y no mujeres ni muchachos, y que buenamente les enviasen á llamar, é así lo hicieron; y ciertos soldados de los que habían venido con Garay, que eran personas principales, que el Sandoval halló en aquella villa, los cuales eran por quien se había revuelto aquella provincia, que ya los he nombrado á todos los mas dellos en el capítulo pasado, vieron que Sandoval no les encomendaba cosa ninguna para ir por capitanes con soldados, como mandó á los siete conquistadores viejos de los de Cortés, comenzaron á murmurar dél entre ellos, y aun convocaban á otros soldados á decir mal del Sandoval y de sus cosas, y aun ponían en pláticas de se levantar con la tierra, so color de que estaba allí con ellos el hijo de Francisco de Garay como adelantado della; y como lo alcanzó á saber el Sandoval, les habló muy bien y les dijo: «Señores, en lugar de me lo tener á bien, como, gracias á Dios, os hemos venido á socorrer, me han dicho que decís cosas que para caballeros como sois no son de decir: yo no os quito vuestro ser y honra en enviar los que aquí hallé por caudillos y capitanes; y si hallara á vuestas mercedes que érades caudillos, harlo fuera yo de ruin si les quitara el cargo. Querria saber una cosa: por qué no lo fuistes cuando estábades cercados. Lo que me dijistes todos á una es, que si no fuera por aquellos siete soldados viejos, que tuviérades mas trabajo; y como sabían la tierra mejor que vuestas mercedes, por esta causa los envié: así que, señores, en todas nuestras conquistas de Méjico no mirábamos en estas cosas é puntos, sino en servir lealmente á su majestad: así, os pido por merced que desde aquí adelante lo hagais, é yo no estaré en esta provincia muchos dias, si no me matan en ella, que me iré á Méjico. El que quedare por teniente de Cortés os dará muchos cargos, é á mí me perdonad.» Y con esto concluyó con ellos, y todavía no dejaron de tenelle mala voluntad; y esto pasado, luego otro dia sale Sandoval con los que trujo en su compañía de Méjico y con los siete que había enviado, y tiene tales modos, que prendió hasta veinte caciques, que todos habían sido en la muerte de mas de seiscientos españoles que mataron de los de Garay y de los que quedaron poblados en la villa de los de Cortés, y á todos los mas pueblos envió á llamar de paz, y muchos dellos vinieron, y con otros disimulaba aunque no venían; y esto hecho, escribió muy en posta á Cortés dándole cuenta de todo lo acaecido, é qué mandaba que hiciese de los presos; porque Pedro de Vallejo, que

dejó Cortés por su teniente, era muerto de un flechazo, á quien mandaba que quedase en su lugar; y tambien le escribió que lo habian hecho muy como varones los soldados ya por mí nombrados; y como el Cortés vió la carta, se holgó mucho en que aquella provincia estuviere ya de paz; y en la sazón que le dieron la carta á Cortés estábanle acompañando muchos caballeros conquistadores é otros que habian venido de Castilla; é dijo Cortés delante dellos: « ¡ Oh Gonzalo de Sandoval! ¡ en cuán gran cargo os soy, y cómo me quitais de muchos trabajos! » Y allí todos le alabaron mucho, diciendo que era un muy extremado capitán, y que se podia nombrar entre los muy afamados. Dejemos destas loas; y luego Cortés le escribió que, para que mas justificadamente castigase por justicia á los que fueron en la muerte de tanto español y robos de hacienda y muertes de caballos, que enviaba al alcalde mayor Diego de Ocampo para que se hiciese informacion contra ellos, é lo que se sentenciase por justicia que lo ejecutase; y le mandó que en todo lo que pudiese les aplacese á todos los naturales de aquella provincia, é que no consintiese que los de Garay ni otras personas ningunas los robasen ni les hiciesen malos tratamientos; y como el Sandoval vió la carta, y que venia el Diego de Ocampo, se holgó dello, y desde á dos dias que llegó el alcalde mayor Ocampo hicieron proceso contra los capitanes y caciques que fueron en la muerte de los españoles, y por sus confesiones, por sentencia que contra ellos pronunciaron, quemaron y ahorcaron ciertos dellos, é á otros perdonaron; y los cacicazgos dieron á sus hijos y hermanos, á quien de derecho les convenia. Y esto hecho, el Diego de Ocampo parece ser traia instrucciones é mandamientos de Cortés para que inquiriese quién fueron los que entraban á robar la tierra é andaban en bandos y rencillas, y convocando á otros soldados que se alzasen, y mandó que les hiciese embarcar en un navío y los enviase á la isla de Cuba, y aun envió dos mil pesos para Juan de Grijalva si se queria volver á Cuba; é si quisiese quedar, que le ayudase y diese todo recaudo para venir á Méjico; é en fin de mas razones, todos de buena voluntad se quisieron volver á la isla de Cuba, donde tenian indios, y les mandó dar mucho bastimento de maíz é gallinas é de todas las cosas que habia en la tierra, y se volvieron á sus casas é isla de Cuba; y esto hecho, nombraron por capitán á un Fulano de Vallecillo, é dieron la vuelta el Sandoval y el Diego de Ocampo para Méjico, y fueron bien recibidos de Cortés y de toda la ciudad, que temian todos algun mal desbaratamiento de los nuestros, y se alegraron y solazaron mucho cuando vieron venir á Sandoval con vitoria. Y fray Bartolomé de Olmedo dijo á Cortés que se diesen loores á Dios; y así, se hizo una fiesta á nuestra Señora, y predicó muy santamente fray Bartolomé de Olmedo, y como buen letrado, que lo era el fraile; y dende en adelante no se tornó mas á levantar aquella provincia. Y dejemos de hablar mas en ello, é digamos lo que le aconteció al licenciado Zuazo en el viaje que venia de Cuba á la Nueva España.

CAPITULO CLXIII.

Cómo el licenciado Alonso de Zuazo venia en una carabela á la Nueva-España, con dos frailes de la merced, amigos de fray Bartolomé de Olmedo, y dió en unas isletas que llaman las Viboras, é de la muerte de uno de los frailes, y lo que mas le aconteció.

Como ya he dicho en el capítulo pasado que hablé de cuando el licenciado Zuazo fué á ver á Francisco de Garay al pueblo Xagua, que es la isla de Cuba, cabe la villa de la Trinidad; y el Garay le importunó que fuese con él en su armada para ser medianero entre él y Cortés, porque bien entendido tenia que habia de tener diferencias sobre la gobernación de Pánuco; y el Alonso de Zuazo le prometió que así lo haria en dando cuenta de la residencia del cargo que tuvo de justicia en aquella isla de Cuba, donde al presente vivia; y en hallándose desembarazado, luego procuró de dar residencia y hacerse á la vela, é ir á la Nueva-España, adonde habia prometido, é llevó consigo dos frailes de la Merced, que se decia el uno fray Gonzalo de Pontevredra y el otro fray Juan Varillas, natural de Salamanca, é este era muy amigo del padre fray Bartolomé de Olmedo, é habia pedido licencia á sus prelados para ir en busca suya é le ayudar, é estaba con fray Gonzalo en Cuba á la ventura de si habia ocasion de ir con el fray Bartolomé; y el Zuazo, que se decia pariente del fray Juan, le pidió se fuese con él, y se embarcaron en un navío chico, é yendo por su viaje, é salimos de la punta que llaman de Sant-Anton, y tambien se dice por otro nombre la tierra de los Gamatabeis, que son unos salvajes que no sirven á españoles; y navegando en su navío, que era de poco porte, ó porque el piloto erró la derrota, ó decayó con las corrientes, fué á dar en unas isletas que son entre unos bajos que llaman las Viboras, y no muy léjos destas bajas están otros que llaman los Alacranes, y entre estas isletas se suelen perder navíos grandes, y lo que le dió la vida á Zuazo fué ser su navío de poco porte. Pues volviendo á nuestra relacion: porque pudiesen llegar con el navío á una isleta que vieron que estaba cerca, que no bañaba la mar, echaron muchos tocinos al agua, y otras cosas que traian para matalotaje, para aliviar el navío, para poder ir sin tocar en tierra hasta la isleta, y cargaron tantos tiburones á los tocinos, que á unos marineros que se echaron al agua á mas de la cinta, los tiburones, encarnizados en los tocinos, apañaron á un marinero dellos y le despedazaron y tragaron, y si de presto no se volvieron los demás marineros á la carabela, todos perecieran, segun andaban los tiburones encarnizados en la sangre del marinero que mataron; pues lo mejor que pudieron allegaron con su carabela á la isleta, y como habian echado á la mar el bastimento y cazabe, y no tenian qué comer, y tampoco tenian agua que beber, ni lumbre, ni otra cosa con que pudiesen sustentarse, salvo unos tasajos de vaca que dejaron de arrojar á la mar, fué ventura que traian en la carabela dos indios de Cuba, que sabian sacar lumbre con unos palicos secos que hallaron en la isleta adonde aportaron, é dellos sacaron lumbre, y cavaron en un arenal y sacaron agua salobre, y como la isleta era chica y de arenales, venian á ella á desovar muchas tortugas, é así como salian las trastornaban

CAPITULO CLXIV.

Cómo Cortés envió á Pedro de Albarado á la provincia de Guatemala para que poblase una villa y los trajese de paz, y lo que sobre ello se hizo.

los indios de Cuba las conchas arriba; é suele poner cada una dellas sobre cien huevos tamaños como de patos; é con aquellas tortugas é muchos huevos tuvieron bien con que se sustentaran trece personas que escaparon en aquella isleta; y tambien mataron los marineros que salian de noche al arenal los lobos marinos de la isleta, que fueron harto buenos para comer. Pues estando desta manera, como en la carabela acertaron á venir dos carpinteros de ribera, y tenian sus erramientas, que no se les habian perdido, acordaron de hacer una barca para ir con ella á la vela, é con la tablazon é clavos, estopas é jarcias y velas que sacaron del navío que se perdió, hacen una buena barca como batel, en que fueron tres marineros é un indio de Cuba á la Nueva-España, y para matalotaje llevaron de las tortugas y de los lobos marinos asados, y con agua salobre, y con la carta é aguja de marear, después de se encomendar á Dios, fueron su viaje, é unas veces con buen tiempo é otras veces con contrario, llegaron al puerto de Calchocuca, que es el rio de Banderas, adonde en aquella sazón se descargaban las mercaderías que venian de Castilla, y dende allí fueron á Medellín, adonde estaba por teniente de Cortés un Simon de Cuenca; y como los marineros que venian en la barca le dijeron al teniente el gran peligro en que estaba el licenciado Alonso Zuazo, luego sin mas dilación el Simon de Cuenca buscó marineros é un navío de poco porte, y con mucho refresco lo despachó á la isleta adonde estaba el Zuazo; y el Simon de Cuenca le escribió al mismo licenciado cómo Cortés se holgaria mucho con su venida, é así mismo le hizo saber á Cortés todo lo acaecido, y cómo le envió el navío bastecido; de lo cual se holgó Cortés del buen aviamiento que el teniente hizo, y mandó que en aportando allí al puerto, que le diesen todo lo que hubiese menester, y vestidos y cabalgaduras, é que le enviasen á Méjico; y partió el navío, é fué con buen viaje á la isleta, con el cual se holgó el Zuazo y su gente. Volvamos á decir cómo cuando llegó el navío se habia muerto en pocos dias, de no poder comer bocado de las viandas, el fraile fray Gonzalo, de que habian habido gran pesar fray Juan é Zuazo; é habiéndole encomendado á Dios su alma, se embarcaron en él, y de presto con buen tiempo llegaron á Medellín, é se les hizo mucha honra, y fueron á Méjico, y Cortés les mandó salir á recibir, y les llevó á sus palacios y se regocijó con ellos, y le hizo su alcalde mayor al licenciado Alonso de Zuazo, y en esto paró su viaje. Dejemos de hablar dello, y digo que esta relacion que doy, es por una carta que nos escribió á la villa de Guacaleo Cortés al cabildo della, adonde declaraba lo por mí aquí dicho, é porque dentro en dos meses vino al puerto de aquella villa el mismo barco en que vinieron los marineros á dar aviso del Zuazo, é allí hicieron un barco del descargo de la misma barca, y los marineros nos lo contaban segun de la manera que aquí lo escribo. Dejemos esto, y diré cómo Cortés envió á Pedro de Albarado á pacificar la provincia de Guatemala.

Pues como Cortés siempre tuvo los pensamientos muy altos y de señorear, quiso en todo remedar á Alejandro Macedonio, y con los muy buenos capitanes y extremados soldados que siempre tuvo, después que se hubo poblado la gran ciudad de Méjico é Guaxaca é Zacatula é Colima é la Veracruz é Pánuco é Guacacualco, y tuvo noticia que en la provincia de Guatemala habia recios pueblos de mucha gente é que habia minas, acordó de enviar á la conquistar y poblar á Pedro de Albarado, é aun el mismo Cortés habia enviado á rogar á aquella provincia que viniesen de paz, é no quisieron venir; é dióle al Albarado para aquel viaje sobre trecientos soldados, y entre ellos ciento y veinte escopeteros y ballesteros, y mas, le dió ciento y treinta y cinco de á caballo, cuatro tiros y mucha pólvora, y un artillero que se decia Fulano de Usagre, y sobre ducientos tlascaltecas y cholultecas, y cien mejicanos, que iban sobresalientes. Fray Bartolomé de Olmedo, que era amigo grande de Albarado, le demandó licencia á Cortés para irse con él é predicar la fe de Jesucristo á los de Guatemala; mas Cortés, que tenia con el fraile siempre harta comunicacion, decia que no, y que iria con Albarado un buen clérigo que habia venido de España con Garay, é que tuviese voluntad de quedarse para predicar la pascua del Nacimiento de Jesucristo; mas el fraile tanto le cansó, que se hubo de ir con Albarado, aunque con poca voluntad de Cortés, que siempre con él hablaba de todos los negocios. Y después de dadas las instrucciones en que le mandaba á Albarado que con toda diligencia procurase de los atraer de paz sin darles guerra, é que con ciertas lenguas que llevaba les predicase fray Bartolomé de Olmedo las cosas tocantes á nuestra santa fe, é que no les consintiese sacrificios ni sodomías ni robarse unos á otros, é que las cárceles é redes que hallase hechas, adonde suelen tener presos indios á engordar para comer, que las quebrase y que los saquen de las prisiones, y que con amor y buena voluntad los atraiga á que den la obediencia á su majestad, y en todo se les hiciese buenos tratamientos, entonces fray Bartolomé de Olmedo pidió que se fuese con ellos el clérigo ya por mí arriba memorado, que vino con Garay para que le ayudase, y el clérigo era bueno, y Cortés se le dió y dijo que fuese en buen hora. Pues ya despedido el Pedro de Albarado de Cortés y de todos los caballeros amigos suyos que en Méjico habia, y se despidieron los unos de los otros, partió de aquella ciudad en 13 dias del mes de diciembre de 1523 años, y mandóle Cortés que fuese por unos peñoles que cerca del camino estaban alzados en la provincia de Guantepeque, los cuales peñoles trajo de paz; llámase el peñol de Güelamo, que era entonces de la encomienda de un soldado que se dice Güelamo; y dende allí fué á Tecuntepeque, pueblo grande, y son zapotecas, y le recibieron muy bien, porque estaban de paz, é ya se habian ido de aquel pueblo, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, á